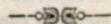




RECUERDOS  
DE UN GRANDE HOMBRE.

A MI SOBRINO

EL EXCMO. SE. DON CRISTÓBAL COLÓN Y LA-CERDA,  
MARQUES DE LA JAMAICA.



ROMANCE I.

EL NIÑO HAMBRIENTO.

A media legua de Pálos,  
sobre una mansa colina,  
que dominando los mares  
está de pinos vestida,



De la Rábida el convento ,  
fundacion de orden francisca ,  
descuella desierto , solo ,  
desmantelado , en ruinas .

No por la mano del tiempo ,  
aunque es obra mui antigua ,  
sino por la infame mano  
de revueltas y codicias ,

Que á la nacion envilecen  
y al pueblo desmoralizan ,  
destruyendo sus blasones ,  
robándole sus doctrinas .

De este olvidado convento ,  
ante la portada misma ,  
en la llana plataforma ,  
sitio de admirable vista ,

Una mañana de marzo ,  
miéntras que solemne misa  
en la iglesia se cantaba ,  
y escaso concurso oía ,

Tres y medio siglos hace ,  
para gloria de Castilla ,  
apareció un extranjero  
de presencia estraña y digna .

En aquel punto acababa  
de llegar allí ; vestía  
justillo de roja tela ,  
aunque usada y vieja , fina .

Un manto de lana pardo  
con mangotes y capilla ,  
un birrete de velludo ,  
y de orejeras caidas ,

Unas portuguesas botas ,  
mas enlodadas que limpias .  
Y bajo el brazo pendiente  
un zurrón , saco , ó mochila ,

Donde un pequeño astrolabio ,  
una brújula marina ,  
un libro de devociones  
y unos pergaminos iban .

Despejada era su frente ,  
penetrante era su vista ,  
su nariz algo aguileña ,  
su boca mui espresiva ;

Proporcionados sus miembros ,  
y su edad , si no florida ,  
tampoco tan avanzada  
que llegase á estar marchita .

---

Con el cariño de padre ,  
de la mano conducía  
un cansado y tierno niño ,  
de belleza peregrina .



Pues en su cándido rostro  
de rosa y jazmin lucian  
dos nobles ojos azules  
llenos de inocencia y vida;

Y desde su ebúrnea frente  
por su cuello descendian  
los cabellos anillados  
que el sol miró con envidia.

Ser dijérase el modelo  
que de Urbino el gran artista,  
en los ángeles copiaba,  
que tanto encanto respiran.

Y de su gallardo padre  
á la sombra parecía  
un lirio fresco y lozano  
que nace al pié de una encina.

---

Este extraño personaje,  
con esta criatura linda,  
taciturno paseaba  
con facha contemplativa.

Ora por el mar de Atlante  
que rizaba fresca brisa,  
como buscando una senda  
giraba ansiosa la vista.

Ora allá en el horizonte  
de occidente la ponía,  
cual si algun objeto viera,  
inmóvil, clavada, fija.

Y ya al cielo una mirada  
de entusiasmo y de fe viva  
daba, animando su rostro  
una inspirada sonrisa;

Y ya de pronto inclinando  
la frente á tierra, teñían  
melancólicos colores  
sus deslustradas mejillas.

De sus hondos pensamientos  
y de su inquietud continua,  
sacóle la voz del niño  
que pan y agua le pedia;

Pues en cuanto oyó su acento  
y vió su afliccion, se inclina,  
tierno le toma en los brazos,  
le consuela, le acaricia,

Y diligente se acerca  
á la abierta portería,  
á demandar el socorro  
que aquel ángel necesita.

Recíbele afable un lego,  
que éntre en el claustro le indica,  
y que en un escaño espere  
mientras él va á la cocina.



Frai Juan Pérez de Marchena,  
guardian entónces por dicha,  
junto á los viajeros pasa  
volviendo de decir misa,

Y curioso contemplando  
su apariencia peregrina,  
informóse del socorro  
que cortesmente pedian.

Y por un secreto impulso  
que en favor de ellos le anima,  
inspiracion de los cielos  
que su nombre inmortaliza,

O porque era religioso  
de caridad y de eximia  
virtud, y mui compasivo  
con cuantos allí venian,

A aquellos huéspedes ruega  
que en su póbrecelda admitan  
parte de su escaso almuerzo,  
y descanso á sus fatigas.

Aceptado fué el convite,  
y por la escalera arriba,  
el religioso delante  
y el hijo y padre en pos iban,

Formando un sencillo cuadro,  
cuyo asunto ser dirian,  
el talento y la inocencia  
con la religion por guia.



## ROMANCE II.

## EL ALMUERZO.

En el estrecho recinto  
de una franciscana celda,  
cómoda, aunque humilde y pobre,  
y de estremada limpieza,

De la Rábida el prelado  
con sus dos huéspedes entra,  
y despues que sendas sillas  
les ofrece y les presenta,

Abre franco y obsequioso  
una mezquina alacena,  
de donde bizcochos saca,  
una redoma ó botella

Del vino mas escelente  
que da el Condado de Niebla,  
accitunas, pan y queso,  
y tres limpias servilletas,



Acomodándolo todo  
 en una redonda mesa,  
 no léjos de la ventana  
 que daba vista á la huerta.

En seguida llama al lego,  
 y que al punto traiga, ordena,  
 huevos con magras adunia,  
 y chanfaina si está hecha.

Encargándole que todo  
 caliente y sabroso venga,  
 que no charle en la cocina,  
 ni se eternize y se duerma.

---

Dadas sus disposiciones,  
 al extranjero se acerca,  
 (que por tal le ha conocido  
 en el porte, traje y lengua)

Con una taza le brinda,  
 y al niño que tome ruela  
 un bizcocho, que le alarga,  
 y lo acaricia y lo besa.

Bebe el huésped, luego bebe  
 Frai Juan Pérez de Marchena;  
 y el niño come el bizcocho,  
 toma un sorbo de agua fresca,

Y con el zurron que el padre  
 se ha quitado, y puesto en tierra,  
 sacando cuanto contiene  
 vivaracho travesea.

El guardian varias preguntas  
 hace al extranjero, acerca  
 de su patria, de su estado,  
 y del arte que profesa:

Aunque aquellos instrumentos  
 con que la criatura juega,  
 que le son mui familiares,  
 ya casi se lo revelan.

Que es genoves y viüdo  
 atento el huésped contesta;  
 que es navegar su ejercicio,  
 y de piloto su ciencia.

Y así como una vasija  
 que está rebosante y llena  
 de un líquido, algo derrama  
 á mui poco que la muevan;

Dió indicios claros, patentes,  
 en sus fáciles respuestas,  
 de aquel grande pensamiento,  
 portentoso, que le alienta,

Que exclusivo su alma absorbe,  
 que es la sangre de sus venas,  
 que es el aire que respira,  
 que es ya toda su existencia,



Y que causó los estremos  
que delante de la iglesia,  
el mar contemplando, hizo,  
como referidos quedan.

Que el occidente escondia,  
dijo, riquísimas tierras,  
que era el ancho mar de Atlante  
de la gran Tartaria senda;

Y que dar ia vuelta al mundo  
para él cosa fácil era;  
con otras raras especies,  
tan inauditas, tan nuevas,

Que al escucharle, pasmado  
Frai Juan Pérez de Marchena,  
(aunque á osados mareantes  
hablaba con gran frecuencia,

Por haber muchos en Pálos,  
y aunque sabe las proezas  
y raros descubrimientos  
de las naves portuguesas;)

No acierta si está escuchando  
á un orate ó á un profeta,  
si es un ángel ó un demonio  
el hombre que está en su celda.

Mudo se alza, llama al lego  
y que busque á toda priesa  
le manda á Garci Fernández,  
que estaba há poco en la iglesia.

No tardó Garci Fernández  
en presentarse en la escena  
con el lego, que el almuerzo  
colocó sobre la mesa.

Era médico de Pálos,  
hombre docto y de esperiencia,  
de sagacidad y astucia,  
de malicia y de reserva.

Viejo y magro, pero fuerte,  
mellado, la cara seca,  
calvo, la barba entrecana  
y la tez tosca y morena.

De estezado una ropilla,  
calzas de burda estameña,  
la capa de pardo monte  
y el sombrero de alas luengas,

Era su traje. La mano  
y el hábito al fraile besa,  
y al incógnito saluda  
con curiosidad inquieta.



El médico, el extranjero  
y el padre guardian se sientan,  
dando al almuerzo principio,  
y mutuamente se observan.

Pero el silencio interrumpe,  
después de haber hecho seña  
al sagaz Garci Fernández  
Frai Juan Pérez, y comienza

A hablar de navegaciones  
y desconocidas tierras,  
preguntándole á su huésped  
su parecer sobre ellas.

Fué bastante haber tocado  
con sagacidad la tecla,  
la facilidad verbosa  
del genoves se desplega.

Y con aquellas razones  
de convencimiento llenas,  
con que se sienta y sostiene  
lo que se sabe de véras,

Sus inspiraciones pinta,  
sus observaciones cuenta,  
su sistema desenvuelve,  
sus proyectos manifiesta.

Recorre á sus pergaminos,  
los desarrolla, y enseña  
cartas que él mismo ha trazado  
de navegar, mas tan nuevas,

Y, según él las explica,  
en cosmográfica ciencia  
demostrándose eminente,  
tan seguras y tan ciertas;

Que el pasmo del religioso  
y su indecisión aumentan,  
mientras al médico encantan,  
le convencen y embelesan.

De aquel ente extraordinario  
crece la sábia elocuencia,  
notando que es comprendido,  
y de entusiasmo se llena.

Se agranda, brillan sus ojos  
cual rutilantes estrellas,  
brotan sus labios un río  
de científicas ideas:

No es ya un mortal, es un ángel,  
de Dios un nuncio en la tierra,  
un refulgente destello  
de la sábia Omnipotencia.

Comunica su entusiasmo,  
que el entusiasmo se pega,  
á los que atentos le escuchan,  
á los que mudos le observan.

El médico, el religioso,  
y hasta el lego que á la mesa  
sirve, y ha escuchado inmóvil,  
y con tanta boca abierta,



Mas sin entender palabra,  
en entusiasmo se queman:  
y de haber visto aquel dia  
dan gracias á Dios sus lenguas.

Y piden que luego, luego,  
se lleve á cabo la empresa,  
y quieren ir, y una parte  
tener en las glorias de ella.

Y ya se ven en los mares,  
y ya en ignoradas tierras,  
y ya el asombro del mundo  
con nombre, y con fama eterna.

Formando la celda un cuadro  
digno de que en él hubieran  
ó Zurbaran ó Velázquez  
apurado sus paletas.

Mas, ai! pronto de aquel cielo  
de ilusiones halagüeñas,  
bajan á lo positivo  
de la miserable tierra;

Cuando en sí mismos volviendo  
reconocen su impotencia,  
y los elementos grandes  
que ha menester tal empresa.

Se hallan como el desdichado  
que en pobre lecho despierta,  
cuando soñaba que un trono  
era poco á su grandeza.

Pues de un oscuro piloto  
volviendo á entrar en la esfera  
el genoves, abatido  
les refiere su pobreza:

Que no han querido ayudarle  
ni su patria, ni Venecia,  
que la corte de Lisboa  
se burla de sus propuestas;

Que los sabios no le entienden,  
que los ricos le desprecian,  
que los nobles no le escuchan,  
que el vulgo le vilipendia.

Mas como despues, añade,  
que aun la esperanza le alienta  
de encontrar grata acogida  
en el rei de la Inglaterra;

Donde ya tiene un hermano  
con proposiciones hechas,  
y que él mismo, á acalararlas,  
ir allá mui pronto piensa;

El amor patrio, mas puro  
en las españolas venas  
del médico y del prelado,  
se inflama y súbito truena;



Pues unánimes prorumpen :

« De España la gloria sea ;  
no busquéis lejanos reinos  
cuando el mejor se os presenta ;

« Y el que sediento de gloria  
más imposibles anhela.

Corred , buscád el apoyo  
de la castellana reina ,

« De Doña Isabel invicta ,  
que es la mas grande princesa  
que han admirado los siglos ,  
y que ha ceñido diadema. »

De los dos el entusiasmo  
tambien á su vez se pega  
al genoves , y aquel nombre  
pronunciado con tal fuerza

Por el físico y el fraile ,  
el alma y pecho le llenan  
de esperanza tan vehemente ,  
que sus planes desconcierta.

En sus rutilantes ojos ,  
como en su boca entreabierta ,  
y en su palpitante pecho ,  
y en su animada apariencia ,

El sagaz Garci Fernández  
lo conoce , y « No se pierda  
momento , prosigue ; al punto  
id á Córdoba , que es cerca.

« Allí encontraréis la corte :  
pues el cielo os la presenta  
tan inmediata , propicia  
la hallaréis , nada os detenga. »

Y Frai Juan Pérez añade :  
« Marchád , sí , Dios os lo ordena.  
Carta os daré para el Padre  
Hernando de Talavera ,

« Religioso de valía  
que es confesor de la reina.  
Y porque ningun cuidado  
vuestra jornada entorpezca ,

« Este vuestro tierno niño  
aquí en el convento queda ,  
de mi seráfico padre  
so la proteccion inmensa. »

No dijeron mas. Escribe ,  
dando la cosa por hecha ,  
la carta Garci Fernández ,  
Frai Juan Pérez de Marchena

La firma ; su propia mula  
ensillar al punto ordena ,  
y las pródidas alforjas  
preparar en la despensa.

Todo está listo. Y entónces  
cual si alguna oculta fuerza  
le compeliase , el piloto ,  
que aun no habia dado respuesta ,



De pié se puso, y resuelto  
 esclama de esta manera :  
 « A Córdoba , Dios lo quiere ,  
 su gracia me favorezca. »

Al tierno y precioso niño  
 acaricia, abraza y besa,  
 no sin lágrimas sus ojos,  
 no su corazón sin pena.

A rezar un corto rato  
 vase devoto á la iglesia,  
 do el escapulario viste  
 de la seráfica regla.

De sus dos nuevos amigos  
 se despide ya en la puerta,  
 cabalga, aguija, y á trote  
 de la Rábida se aleja.



### ROMANCE III.

LA DAMA.

De Abderramen la mezquita  
 y de Almanzor las murallas,  
 y el puente de Julio César,  
 y las viditoras palmas,

Que mas de dos luengos siglos  
 muerto ornato se miraban  
 del sepulcro de un imperio,  
 ó de una tumba de hazañas;

Como evocadas reviven,  
 las musgosas frentes alzan,  
 y para Córdoba juzgan  
 que una nueva aurora raya.

Y que renacen los dias  
 de gloria, poder y fama,  
 en que Aténas de Occidente,  
 en que Roma musulmana,

Ó ilustró al mundo con ciencias,  
 ó rindió al mundo con armas,  
 como de sabios emporio,  
 como de guerreros patria.



Los dos católicos reyes  
 que son Atlantes de España,  
 los que un imperio fundaron  
 que ningun imperio iguala,

Á Córdoba han elegido  
 para corte, centro y plaza  
 de los bélicos aprestos  
 que han de triunfar en Granada.



Los grandes y ricos-homes  
acuden con sus meznadas,  
y con todo el aparato  
de sus espléndidas casas.

Allá envían sus pendones  
las ciudades mas lejanas,  
con sus bravos caballeros  
y con sus huestes gallardas;

Allí los grandes maestros  
sus estandartes levantan,  
y allí prelados concurren,  
y allí legados del Papa.

Los personajes de corte,  
los magistrados de fama,  
los mas ilustres señores  
y las mas apuestas damas.

Y llegan aventureros  
y soldados de ventaja,  
y ginetes, y peones,  
ballesteros y hombres de armas.

Y cual nube de pardales  
que viene á la seca parva,  
ó cual reguero de hormigas  
que al costal volcado ataca,

Traficantes, labradores  
y ganaderos se afanan  
en apurar la moneda  
con sus ventas y contratas.

Por ciudad de encantamiento  
á Córdoba reputara,  
quien notase su bullicio,  
quien oyese su algazara.

Y al ver llenos sus palacios  
de rica nobleza tanta,  
y sus calles y sus muros,  
y sus huertos y sus plazas

Hervir en enjambre inmenso  
de tan diversas comparsas,  
de tan distintos vivientes,  
de ocupaciones tan varias.

Á las funciones de iglesia  
suceden las cabalgadas,  
á los consejos de corte  
los alardes y las danzas;

Los saraos á los banquetes,  
á los torneos las farsas,  
á las consultas y audiencias  
festejos, toros y cañas.



Todo es movimiento y vida,  
 todo actividad estraña,  
 todo bélico aparato,  
 todo fiestas cortesanas.

Todo es riqueza y aliento,  
 todo brocados y holandas,  
 todo confusion alegre,  
 todo caprichos y galas.

Córdoba es concilio, corte,  
 almacén, campo de armas,  
 tribunal, mercado, lonja,  
 escuela, taller y sala.

Ya una procesion solemne  
 lenta por las calles marcha,  
 ya los reyes atraviesan  
 con su comitiva y guardias.

Aquí llegan municiones,  
 allí grano y vituallas,  
 acá se doman corceles,  
 allá se adiestran escuadras.

Allí armaduras se bruñen,  
 aquí se bordan gualdrapas,  
 acá se recaman vestes,  
 allá se templan espadas.

Las banderas y penachos,  
 los pendoncillos y lanzas,  
 las enseñas y divisas  
 forman espesa enramada.

El sol chispea en el oro,  
 arde en bruñidas corazas,  
 y en plumas, telas, recamos,  
 vivos colores esmalta.

Ora resuenan clarines,  
 ora rimbomban campanas,  
 ya redoblan los tambores,  
 ya retumban las lombardas.

No hai una persona ociosa,  
 no hai sin movimiento un alma,  
 ni imaginación tranquila  
 ni pecho sin esperanza.

Unos sueñan en despojos,  
 otros nombre y lauros ansian,  
 quién va á ganar indulgencias,  
 quién gloria pide y aguarda.

Y todas estas ideas  
 se humillan, aunque tan varias,  
 á un gigante pensamiento,  
 la conquista de Granada.

---

Entre el inmenso gentío  
 y entre barahunda tanta,  
 como en medio de un desierto  
 solo y silencioso vaga,



Soñador, pobre, abatido,  
sin que sus proyectos hayan  
un solo apoyo encontrado,  
merecido una mirada,

El genoves navegante,  
que á la corte castellana  
desde la Rábida vino  
tras falazes esperanzas.

Y el cual bien puede decirse  
que ha llegado en hora mala  
á aquel abreviado mundo,  
á aquella Babel de España.

---

Frai Hernando Talavera  
es persona de importancia,  
ve una mitra en perspectiva,  
todo lo demas es nada.

Con desden ha recibido  
de un fraile oscuro la carta,  
y juzga al recomendado  
un arbitrista sin blanca.

De estado los grandes hombres,  
que con los reyes trabajan,  
no tienen tiempo, no escuchan,  
solo de la guerra tratan.

Los cortesanos se burlan  
de una catadura estraña,  
y del humilde atavío  
de la persona mas sábia.

Los guerreros nada tienen  
de comun con el que habla  
de círculos y de estrellas,  
y de cosas que no alcanzan.

El vulgacho vil se mofa,  
cual de un loco, del que anda  
tan desarrapado, y grave  
ofrece montes de plata.

Y conseguir una audiencia,  
y de los reyes la gracia  
con tan contrarios auspicios,  
en cosa imposible raya.

Hace un mes que el extranjero  
rueda por las antesalas,  
siendo burla de los pajes,  
juguete de la canalla,

Y aburrido y despechado  
de volver por su hijo trata,  
y de volar á otros reinos  
sin pensar mas en España.

Pero acá en el mundo somos  
de la omnipotencia sábia  
solo instrumento, sus miras  
nadie puede penetrarlas;



Y por medios tan ocultos,  
por ocurrencias tan raras  
se cumplen, que en vano el hombre  
esto, dice, haré mañana.

En la catedral sombría  
que Guadalquivir retrata,  
aun no del perverso gusto  
cual despues, contaminada,

Devoto entra el mareante,  
cuando el son de la campana  
á las vísperas solemnes  
á los fieles convocaba.

Por las mas oscuras naves,  
y por las mas solitarias,  
siempre huyendo del gentío,  
cruza con incierta planta.

Y en aquel bosque de mármol,  
y á su luz tibia y opaca,  
una evocacion parece,  
un espectro, una fantasma.

Frente de aquella capilla  
de esmaltes y filigranas,  
que del *Zancarron* el vulgo,  
y todo Córdoba llama,

A una columna de jaspe  
al cabo apoya la espalda,  
y en hondas meditaciones  
sueña, delira, se estásia.

Cuando acaso una señora,  
sin advertir en él, pasa  
tan cerca, que con el manto  
casi le toca la cara.

Este pequeño incidente  
para volverle en sí basta,  
y sintiéndose arrastrado  
por una violencia estraña,

Por un superior impulso  
de aquellos que no se aguardan,  
sigue, cual can á su dueño,  
maquinalmente á la dama.

Esta, ante un altar dorado  
donde la imágen brillaba  
de la Virgen, se arrodilla,  
abre el manto y se destapa.

Y á la luz de seis candelas  
que el retablo iluminaban,  
deja ver un lindo rostro  
lleno de candor y gracia;

Y de espresion tan devota,  
y de belleza tan rara,  
y de modestia tan grande,  
y de nobleza tan alta,



Como se admira en los rostros  
que dió Murillo á sus santas,  
y que de un ángel del cielo  
pudo tan solo copiarlas.

El extranjero, encantado,  
sus afanes y sus ansias  
olvida un punto, y los ojos  
en aquel tesoro clava.

---

Levántase la señora  
al acabar sus plegarias,  
retírase, y el piloto  
sigue absorto sus pisadas

Sin saber qué le sucede,  
sin acertar qué le pasa,  
como sujeto y ligado  
por hechizo, encanto ó magia.

Al patio de los naranjos  
salen ambos, y él se aparta  
al ver que dos escuderos  
á la señora acompañan.

Mas aun de léjos la sigue,  
cuando quiso su desgracia,  
mejor diré su fortuna,  
que en la calle se encontrara

Con un tropel de muchachos,  
que de pronto en él reparan.  
Y como de que era loco  
varias especies volaban,

*Al loco*, gritan, y empiezan  
con silbidos y pedradas,  
con insultos y con voces,  
que suelen pasar por gracia.

Al estruendo la señora  
con curiosidad se pára,  
y al ver en tal paso á un hombre  
pobre, mas de noble traza,

Que le den auxilio al punto  
á sus escuderos manda,  
y ella se acerca, y le ofrece  
el amparo de su casa.

---

Con Doña Beatriz Enríquez,  
que es la cordobesa dama,  
tan discreta como hermosa,  
tan buena como gallarda,

Entra el genoves piloto  
en una soberbia cuadra,  
de guadamecí vestida  
con las molduras doradas,



Y un estrado de almohadones  
de terciopelo con franjas,  
y con grandes borlas de oro  
sobre alfombras de Granada;

Mas tan turbado y confuso  
que no acierta á hablar palabra,  
y tan solo en que respira  
se ve que no es una estatua.

Tampoco está la señora  
mui en sí; tampoco halla  
aquellas frases precisas  
de quien recibe en su casa.

No ha reparado en la iglesia  
en aquel hombre, y le pasma  
su noble fisonomía  
que con su traje contrasta.

Y acertando prontamente  
que es el marino á quien llaman  
unos loco y otros sabio,  
atenta le observa y calla.

Al cabo el hielo rompióse,  
y la primera la dama  
le ruega que tome asiento,  
y ordena le sirvan agua.

Entra obediente al mandato  
una berberisca esclava,  
con búcaros primorosos  
en su salvilla de plata.

Sosegado el extranjero,  
con tal dignidad y tanta  
cortesanía le rinde  
por aquel servicio gracias,

Que el parabien la señora  
de ocurrencia tan estraña  
se da á sí misma, y se esmera  
en obsequios y en palabras.

Esta primera visita  
otras produjo mas largas,  
y de mui pocas al cabo  
se entendieron sus dos almas.

Ya no piensa el navegante  
en dejar tan pronto á España,  
renueva sus pretensiones,  
torna á rodar antesalas.

De Hernando de Talavera  
la ativez ya no le espanta.  
Insiste en ver á los reyes  
y renueva sus demandas.



Doña Beatriz, afanosa,  
siendo ya depositaria  
de sus planes y proyectos,  
que la envanecen y exaltan,

Le aconseja y le reanima,  
le consuela y le entusiasma,  
y conexiones le busca  
con femenil eficacia.

Él mismo en Córdoba logra  
con su permanencia larga,  
que algunos doctos le escuchen,  
tratar á personas altas.

Y ya sus propuestas toman  
cierto color de importancia,  
y ya con calor y aprecio  
del extranjero se habla.

Alonso de Quintanilla,  
del rei tesoroero, enlaza  
con él amistad estrecha  
y en protegerle se afana.

Y D. Pedro de Mendoza,  
el gran cardenal de España,  
uno de los mas ilustres  
varones de nuestra patria,

Afable se le demuestra,  
y con su poder alcanza  
que el mismo rei le conceda  
la audiencia tan deseada.

Frio, suspicaz, severo  
le oye el rei. Pero le llaman  
la atencion, de aquel piloto  
la dignidad y la calma,

El convencimiento firme,  
las esplicaciones claras.  
Y aunque de la inmensa idea  
toda la estension no alcanza,

La envidia á los portugueses,  
de dominacion el ansia,  
y el carácter de aquel siglo  
caballeresco y de hazañas,

Le obligan á que al instante  
dé acogida afable y grata  
al hombre y á su proyecto,  
porque otro rei no lo haga;

Mas los gastos de la guerra  
hacer nuevos le embarazan,  
ni otra empresa empezar puede  
hasta rendir á Granada.

Y cual político astuto,  
por ganar tiempo y dar largas,  
su proteccion y su auxilio  
al piloto ofrece, y manda



Que los sabios eminentes  
de la docta Salamanca  
con detencion examinen  
la propuesta extraordinaria.

No contenta al navegante  
tal decision del monarca,  
mas que con ella se avenga  
Doña Beatriz quiere, y basta.



#### ROMANCE IV.

##### TIEMPO PERDIDO.

Dejando atras á Granada,  
en cuyas torres el viento  
ya la cruz triunfante adora  
entre cristianos trofeos;

Y dejando atras la corte  
de los hispánicos reinos,  
donde tristes desengaños  
cogió y amargos desprecios;

Va el genoves navegante,  
va el portentoso extranjero  
en una mula de paso  
hácia Córdoba derecho.

Sin volver atras los ojos,  
pobre, abatido y enfermo,  
sale de la hermosa vega  
que le parece el infierno.

Lleva en su faz las señales  
del infortunio y del tiempo,  
que los años y desgracias  
dan con un bronce en el suelo.

Seis años cuenta perdidos  
desde que llegó al convento  
de la Rábida, y el nombre  
quiso hacer de España eterno.

Y sus esperanzas todas,  
y todos sus pensamientos,  
disipadas mira en humo,  
en polvo mira deshechos.

De la insigne Salamanca  
los doctores y maestros,  
mas bien que examinadores  
juezes inflexibles fueron,

Y le trataron altivos,  
aunque era mas sabio que ellos,  
no cual docto que consulta,  
sino cual convicto reo,